

Editorial

Por José Luis Evangelista Ávila

Aunque Leteo es el río del olvido, señalar el olvido es, paradójicamente, aquello que nos permite recordar. Si bien podemos concebir el olvido como la “privación de la memoria”, según señaló San Agustín en sus *Confesiones*, el obispo de Hipona también señaló que la memoria nos permite ubicar que hay algún olvido. Así, enunciar lo olvidado es, pese a todo, una forma de salvarlo, de traerlo al corazón como involucra la etimología de recuerdo (del latín *recordari*, *re* [de nuevo] y *cordis* [corazón]) y, cuando poco queda de eso que llamamos realidad o cuando nos referimos a lo que resulta inefable al lenguaje, traer al corazón es lo que se clama desde una razón que ya no puede apropiarse de su objeto, de aquello que no es objeto.

Nuestra intención, con el título de esta revista, ha sido inicialmente enunciar la investigación y producción en humanidades, a investigadores noveles y, sin más, un espacio para aquello que se ha forzado al olvido. La memoria, decía Nietzsche, es también un acto de la voluntad. Así, enunciar para que el olvido no sea pleno, sino que su enunciación sea el principio por el cual recuperar, es atravesar por el corazón, lo que no siempre se ha considerado inicialmente por la razón. Dar realidad a lo amado, pues, en palabras de Feuerbach, “lo que no es amado *ni puede ser amado*, no es”. Por eso enunciamos el olvido, no sólo para dar un nombre, sino para hacer presente. La proximidad de las palabras, como una proximidad allende lo racional, en lo carnal, en el *pathos*.

Por eso llamamos, convocamos, y escribimos. Para investigar y crear, para producir cercanía de alguna manera y, lo que inicialmente fue una intención académica, es en estos tiempos que corren, adquiere una intención existencial: necesitamos escribir, investigar, crear y convocar a quienes se han ido y a quienes su situación nos hace temer.

Por eso llamamos, convocamos y escribimos. Para rescatar del olvido, para traer de nueva cuenta al corazón lo que ha escapado del plano del objeto. A quienes es necesario traer y acompañar. En unos meses (y años) convulsos, como son los nuestros, se alzan estas líneas con la intención de que al enunciar sus nombres les invoquemos, les traigamos a la proximidad del recuerdo, del corazón y de los corazones a los cuales pertenecen.

De manera especial, a nombre de este equipo queremos alzar el nombre de *Orso Arreola*, fiel acompañante de los andares de las letras mexicanas en las últimas décadas y quien, de manera especial, compartió con los integrantes de este Cuerpo Académico en las investigaciones sobre quien fuera su padre.